

## LA TORRE DE BABEL

Hace poco volví a oírlo: "La comunicación es esencial en el hombre". Dado que el presente artículo trata de la comunicación hablada, empezaré por decir cuál es la definición que uno puede encontrar en el diccionario. Esta reza así: "Comunicación: 'Es el trato de correspondencia entre dos o más personas'". Desde luego no es decir mucho; yo preferiría decir que comunicación no es sino el intento de ser "comprendido" por parte de aquel que se expresa. (Por comprensión entiendo la mínima distorsión en el mensaje a su llegada al receptor.) Para ello hay muchos cauces que buscar, dentro de los cuales el lenguaje verbal es uno de ellos y desde luego, desgraciadamente, el más utilizado. A lo largo de este artículo veremos por qué.

Si tuviese que dar una descripción de lo que es el lenguaje verbal, diría que es el código escogido para la comunicación entre dos personas, mediante el cual el emisor trata de "dibujar", con las palabras de que consta este código, sus pensamientos en la mente de su receptor. (Omito de esta descripción la estructura del lenguaje, así como los elementos de los que está compuesto, por considerarlos irrelevantes dentro de la línea de este artículo, como tampoco creo que entren dentro de esta idea de lenguaje los lenguajes científico, proposicional de Wittgenstein o el lógicamente perfecto de Russell.)

Veamos ahora las deficiencias del lenguaje, pues si uno investiga sobre él llega a la conclusión de que hemos confiado en una forma de comunicación que tiene, en la mayoría de los casos, más de incapaz que de apta para el cometido que se le ha encomendado.

El señor Ludwig Wittgenstein, en su "Tractatus Logico-Philosophicus" (obra que debería leer todo el mundo para saber, en cierta medida, la gran parcela inenarrable de la realidad que nos rodea), nos relata en párrafos cortos su concepción de la estructura del mundo, desarrollando después su teoría del lenguaje, dentro de la cual existe un uso lícito y como contrapartida otro ilícito del mismo. El uso lícito corresponde al lenguaje proposicional. Recordemos que una proposición elemental representa un estado de cosas (que a su vez es una relación entre objetos), de tal manera que proposición y estado de cosas mantienen una estructura común, esto es, son isomórficos. A esto se le llama representación figurativa del lenguaje. El uso ilícito por su parte corresponde a cualquier intento de usarlo de otro modo; en particular, todos los enunciados éticos o metafísicos no serán más que violaciones sin sentido del uso adecuado del lenguaje (él llamó a este tipo de enunciados "pseudoproposiciones"). Y es en particular de éstas de las que se compone la mayoría de las conversaciones que uno puede escuchar en su derredor, lo que es grave por dos razones. Por una parte, toda comunicación (y la verbal en especial) busca la comprensión entre dos o más personas, cosa que mediante el lenguaje ordinario es imposible porque sólo es capaz de transmitir un contenido empíricamente verificable en la realidad, esto es, aquellos hechos que se dan en el mundo, y no en el "sentido del mundo" que lo forman la ética, la estética y la metafísica, las cuales, como se dijo antes, son expresadas con pseudoproposiciones. La segunda razón es el carácter prioritario, dentro de la conversación de cualquier persona, de los temas que pertenecen a ese "sentido del mundo" al que acabo de eludir. Se deduce fácilmente de lo anterior que si pretendiésemos que un diálogo fuera realmente comunicativo (o sea, que consiguiese el entendimiento entre personas), no tendrían éstas más remedio que acudir a ese lenguaje lógicamente perfecto de Russell en el que a cada objeto de la realidad le corresponde una sola palabra que haga referencia a él. O bien habría que recurrir al uso lícito del lenguaje del que hablaba Wittgenstein. Pero esto tiene una gran contrapartida: un lenguaje de las características de los anteriores es muy pobre, pues limitaría su discurso a una escueta y aséptica descripción de hechos o estados de cosas. Ante esto y ante la perentoria necesidad de comunicación del hombre, seguimos hablando "sin sentido"; hablamos "sin sentido" cuando damos nuestra opinión acerca de lo mal que está cumpliendo su cometido el ministro de Hacienda al subir la presión fiscal, hablamos "sin sentido" cuando narramos con admiración lo sublime, lo melódico, lo melancólico y lo bello del "adagietto" de la Quinta Sinfonía de Mahler, o cuando hablamos de la omnipotencia y omnipresencia de Dios, o cuando le decimos al ser querido: "Te quiero". Si pretendemos que nuestro interlocutor entienda lo que queremos transmitirle y dicho mensaje no pertenece al mundo, sino al "sentido del mundo", huyamos de las palabras y mostrémosle nuestro desagrado con el ministro en cuestión no pagando los impuestos o bien arrojándole (al mencionado ministro) tomates en la primera ocasión que se nos brinde. Si pretendemos comunicar la sensación de placer al escuchar el "adagietto" de la Quinta Sinfonía de Mahler, empecemos a nuestro oyente a que lo escuche y comparta en nuestra compañía el susodicho movimiento para que experimente el placer de oírlo en sus propias carnes. Si por otra parte queremos hablar de Dios a alguien, ahorrémosnos las palabras: de Dios sólo se puede hablar uno, a sí mismo, y eso en el caso de que tenga la "fe". Y si, por último, es nuestro deseo que nuestro ser querido se entere de que lo amamos con locura, hay mil y una maneras de demostrarlo no cayendo en el inefectivo tópico de decirselo.

El presente artículo es la denuncia de un error y de una injerencia. El error es el nuestro propio al tener la creencia de que el lenguaje posee capacidad para "decirlo" todo y la injerencia es la de éste en terrenos inefables de la realidad que nos rodea, que, dicho sea de paso, son la mayoría.

Allá por 1919, en una carta dirigida a su amigo Ficker y haciendo referencia al "Tractatus", Wittgenstein le dice: "El sentido del libro es un sentido ético", y le aclara que tuvo la intención de incluir en su prólogo lo siguiente: "Mi obra consta de dos partes: la que aquí presento y la que no

he escrito, y justamente esta segunda parte es la importante". Quien conozca el "Tractatus" y la teoría de Wittgenstein, sabrá que la razón es bien sencilla. Lo que el autor del "Tractatus" hace en la mencionada obra es fijar el límite de lo ético a modo de esfera que se recorre por dentro. Fuera de ésta queda este ámbito de lo ético, que, como se dijo antes, es no-discursivo. Dentro de ésta, está aquello de lo que puede hablarse, aquellos hechos y estados de cosas descriptibles por las proposiciones por ser isomórficos con ellas.

¿Dónde queda entonces el lenguaje artístico, la literatura? El único interés (que no es poco, desde luego) que tiene este tipo de lenguaje (junto con la poesía), es el de su forma. El arte ha de comunicar belleza únicamente; si nos ceñimos a la prosa literaria, no es su objetivo primordial el describir una serie de hechos de la realidad sino que generalmente recurre a la ficción para mostrarnos, de la manera más precisa posible y mediante un coherente discurrir de las situaciones en la propia novela, el modo en que su autor ve las ideas que como telón de fondo aparecen en la obra. Podemos deducir de lo dicho que la belleza de una obra literaria reside en la forma más que en el contenido, pues la que comunica es aquella y solamente utiliza a éste como artificio para su propio desarrollo.

¿Dónde está ese engaño al que aludí antes? El engaño es el que se produce en muchas ocasiones, cuando tenemos como meta el entendimiento y como camino hemos elegido el lenguaje. Es entonces cuando puede suceder que se llegue a una comprensión entre los cónterutuos, que ambos vean el punto de vista de su interlocutor e, incluso, que alguno llegue a convencer al otro. Juzgaríamos entonces nosotros (hipotéticos observadores) que en este caso ha sido el lenguaje verbal un medio acertado para dicha comunicación, pues la concordancia a la que han llegado nuestros conversadores así lo demuestra. ¿De acuerdo? A mi juicio, esto es una falacia y aún peor: un espejismo que nos lleva al mencionado engaño. No se puede establecer relación causa-efecto en este caso entre el resultado obtenido y el medio utilizado para obtenerlo. En el libro de José Hierro "Principios de filosofía del lenguaje" (tomo II: "Teoría del significado", 1982, pág. 253), tratando el tema de la indeterminación de la traducción radical de un lenguaje a otro, se nos dice en cierto párrafo: "Podemos traducir con cierta seguridad del inglés al ruso, o del chino al castellano. Lo que Quine subraya es que la traducción se basa, en estos casos, en el parentesco de las lenguas y las relaciones culturales existentes entre sus hablantes. El problema se plantea cuando se trata de lenguajes entre los que no ha habido relaciones previas". Al igual que sucede con lenguas que no han tenido ninguna afinidad cultural, sucede con dos personas que no hayan vivido experiencias similares en sus vidas, o que posean niveles culturales muy diferentes, o bien que pertenezcan a estratos sociales radicalmente distintos. En casos como éstos, la "traducción" del lenguaje de una de ellas es muy difícil de realizar por la otra (en la mayoría de los casos resulta imposible). Resulta evidente que estamos hablando de la utilización por parte de las dos personas de un lenguaje común, o sea, con los mismos significados, las mismas palabras; sin embargo, la referencia de éstas no es la misma. La referencia de las palabras, cuando hablamos con lo que Wittgenstein llama pseudoproposiciones (esto es, cuando hablamos del "sentido del mundo"), es establecida por nuestra experiencia particular, y ésta es el producto de dos factores: el ambiental y el genético. En cualquier caso, el resultado es privado e incompatible. Entonces, ¿qué sucede en el caso que se expuso hace unas líneas en el que dos hablantes llegaban a un entendimiento vía lenguaje oral? ¿Cuál fue el papel del lenguaje? La respuesta a la primera pregunta es peliaguda, no así la respuesta a la segunda que abordaré ahora mismo. El papel jugado por el lenguaje fue el del mero delator de ese entendimiento; su trabajo sólo consistió en poner de manifiesto algo que era anterior a él mismo. No estableció el puente para salvar el abismo, sólo fue esa señal que nos avisa de que existe tal puente por el que acceder de una parte a otra. Debería pensarse en la ineficacia de este medio de comunicación para que cuando aparezca el fantasma de la incomunicación podamos atacarlo de otra forma, con otra arma. La que hemos venido utilizando acaba siempre por descalificarse a sí misma.

Lorenzo Estaún de Torres

# FOTOCOPIAS

## EN AUTOSERVICIO

## LOS LUNES,

### 3 PTS.

Calle Amparo, 98

(A 5 minutos Estación Atocha)